

—Nada más fácil, si solo se trata de eso  
—contestó el primero—: blanco y negro, igual  
que los paños que en mi tierra se conocen como  
de sal y pimienta.

Pero la princesa exclamó:

—¡Fallaste! Que hable el segundo.

Por lo que el segundo sastre contestó:

—Ni blanco ni negro, sino castaño y  
pelirrojo, como la levita de mi anciano padre.

—¡Fallaste! Que hable el tercero que, si no  
me equivoco, parece saberlo.

Envalentonado, el joven sastrecillo se  
aproximó y dijo:

—La princesa tiene en la cabeza un cabello  
plateado y otro dorado, y estos son los dos  
colores.



al descubrir que el sastrecillo no solo seguía vivo y coleando sino que, para colmo, estaba más fresco que una rosa. Después de haber prometido ante toda la corte que se casaría con el sastrecillo si sobrevivía a la prueba, no le quedó más remedio que subirse al carruaje que el rey había dispuesto para que les condujera a la iglesia donde se desposarían.

Apenas se puso en marcha el carruaje, los otros dos sastres, que en el fondo tenían mal corazón y envidiaban la suerte del sastrecillo, se escabulleron a los establos y soltaron al oso. Este, al verse libre, echó a correr en estampida detrás del carruaje con los ojos enrojecidos por la ira, pero la princesa, alarmada por los monstruosos resoplidos

